

John Connolly

TIEMPOS OSCUROS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JOHN CONNOLLY
TIEMPOS OSCUROS

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Ahora están dando vueltas, poco después empezarán a caer despacio, a descender en un lento giro dejándose llevar con tal suavidad que apenas se distinga que se están aproximando. Son halcones con forma de hombre, y el que los lidera es un ser que ha pasado por una doble transformación: perdido y encontrado, humano y pájaro, el más joven de todos y, a la vez, extrañamente viejo. Ha sufrido y resistido, y, en su resistencia, se ha forjado de nuevo. Ha visto un mundo más allá de éste. Ha vislumbrado el rostro de un nuevo dios.

Está en paz consigo mismo, y por eso libraré la guerra.

Se acercan más rápido, la espiral se angosta, los tres parecen uno solo, sus capas se despliegan torvas en el frío aire otoñal; y al aproximarse no levantan ni un murmullo, ni provocan la agitación de una sombra fugaz, ni ningún gorrión se sobresalta, sólo hay quietud, la quietud de un mundo que espera que lo destrocen, y el equilibrio perfecto de una vida tal vez por salvar, y una vida, tal vez, a la que poner fin.

Las nubes se separan, desgarradas por un haz de luz que las sorprende en pleno vuelo, como si hubieran atraído, brevemente siquiera, la atención de una deidad que llevaba mucho tiempo adormecida pero ahora se ha despertado, despabilada por el clamor marcial y la formación de ejércitos en nombre de El Capitán, Aquel Que Espera Detrás del Espejo, El Dios de las Avispas.

Y la antigua deidad mandará a su Hijo contra ellos, y los halcones lo seguirán.

Hacía mucho tiempo que el Hombre Gris no había pensado en la posibilidad de que lo atraparan, porque él, en cierto sentido, no existía. Carecía de forma física. Moraba en otro, compartiendo su piel, y sólo al final podría haber un atisbo de las profundidades de su verdadera naturaleza, aunque también entonces prefería no ser visto y permanecer oculto en las tinieblas. No tenía reparos en causar dolor, pero se trataba de una cuestión de capricho, como cualquier otro de sus gustos particulares. Una muerte era sólo el principio, y por eso había sobrevivido pasando inadvertido durante tanto tiempo. Sabía cómo prolongar un asesinato durante años. El dolor físico era finito, porque en última instancia el cuerpo se rendía al alma, pero la agonía emocional era susceptible de múltiples variaciones, y las más sutiles modificaciones podían hacer que emanara de la herida un nuevo torrente de sufrimiento.

En la cara que ofrecía al mundo, el Hombre Gris era todo lo contrario a un camaleón. Se llamaba Roger Ormsby y era pequeño, un tanto extravagante, y caía muy bien. Había entrado en la sesentena y exhibía un humor pícaro. Tenía el cabello y la barba blancos, pero los llevaba cortados con esmero. Lucía orgulloso una pequeña barriga, como una madre felizmente embarazada que anuncia el placer que le produce su carga. Le gustaban los tirantes y chalecos rojos de diseños raros. Vestía tweed en invierno y lino en verano, y prefería los colores similares al crema y al canela, pero los compensaba con corbatas y pañuelos de tonos brillantes y buen gusto. Sabía tocar el piano y bailaba el vals y el *two-steps* con estilo, pero en el interior de Ormsby había algo vil y nauseabundo que lo animaba como un titiritero mueve a una marioneta, y sólo un experto habría detectado la esterilidad de sus versiones de los hermosos clásicos cuando sus dedos se desplazaban sobre las teclas, o la vacía precisión de cada uno de sus movimientos en la pista de baile.

Ormsby no hablaba ni de política ni de religión. Sólo se tomaba en serio asuntos frívolos, y por tanto era muy apreciado como invitado a la mesa. Era un viudo feliz, leal a la memoria de su esposa fallecida hasta el extremo de que no pasaba de flirtear con las viudas menos solitarias de Champaign, en Illinois,

pero no tan obsesionado por el fantasma de su difunta cónyuge para permitir que la pérdida ensombreciera su ánimo o el de otros. Estaba muy solicitado como acompañante para el teatro, el cine y alguna esporádica ópera ligera, y la ausencia de un componente sexual en sus relaciones implicaba que entraba y salía de los actos sociales con facilidad. Era Amigo de la Biblioteca, miembro de la Sociedad Audubon, asistente regular a conferencias sobre historia local, y generoso donante —aunque no tanto como para llamar la atención— en las buenas causas. Si bien es cierto que había algunos a quienes caía mal, porque nadie puede ser querido por todos, por lo general la mayoría consideraba a esos reticentes unos cascarrabias tozudos, incapaces de aceptar que alguien fuera simplemente una fuente de alegría en el mundo.

Y así, Roger Ormsby se paseaba por la vida con su brillante plumaje, haciendo notar su presencia, sin ocultar nada, pero cuando cerraba la puerta de su casa tras de sí, la luz artificial de sus ojos se extinguía y el rostro del Hombre Gris colgaba como una luna apagada en la negrura de sus pupilas.

Esto era lo que hacía Roger Ormsby, o, si lo prefieren, lo que hacía el Hombre Gris, porque los dos eran aspectos de la misma entidad, como un abrigo y su forro. Solía elegir a sus víctimas con sumo cuidado, dedicando muchos meses a prepararlo todo. Se le había conocido por cometer crímenes cuando se le presentaba la oportunidad, pero ahora resultaba más arriesgado que en el pasado, porque había cámaras por todas partes. Además, era difícil evaluar de qué se adueñaba en esas situaciones, dado que Ormsby requería de sus víctimas que se ajustaran a un conjunto de circunstancias sociales muy concretas. No podían ser seres solitarios, gente aislada de sus familias y amigos. No buscaba personas rechazadas por los demás. Cuanto más queridas fueran, mejor. Quería niños amados. Quería adolescentes de hogares felices. Quería buenas madres de hijos pequeños, pero no de bebés. Quería gente implicada emocionalmente.

Quería muchas vidas que pudiera destruir de forma lenta y concienzuda a lo largo de años, incluso de décadas.

Ormsby hacía desaparecer a personas, luego observaba cómo aquellos que los amaban no podían hacer otra cosa más que pre-

guntarse qué suerte habrían corrido. Comprendía lo que era vivir sólo a medias por la esperanza: no es la desesperanza lo que nos destruye, sino su contrario. La esperanza tensa; la desesperanza distiende. La desesperanza trae consigo la posibilidad de un final. Llevada al extremo, su conclusión lógica es la muerte. Pero la esperanza prolonga el dolor. Puede explotarse.

Las acciones de Ormsby habían llevado a algunos a quitarse la vida, pero para él eso suponía un fracaso, tanto por su parte como por la de los suicidas. Sólo había asesinado a sus primeras víctimas, o sea, las menos interesantes. Le gustaba observar a los que quedaban mientras intentaban sobrellevar lo que se les había venido encima. Sabía que se despertarían cada mañana y olvidarían fugazmente lo que habían perdido: una madre, un hijo, una hija. (Ormsby evitaba matar a hombres adultos. Era más fuerte de lo que parecía, pero no tanto como para pensar que podía derribar a un hombre, sobre todo a medida que envejecía.) Pero al cabo de un instante, apenas unos segundos después de despertarse, volverían a recordar, y ahí era donde radicaba el placer para Ormsby.

Era muy capaz de aguijonear el recuerdo, de forzar la memoria, pero implicaba sus riesgos. Había enviado objetos a familiares por correo —un collar, un reloj, un zapato infantil— para regodearse con la conmoción subsiguiente. Había obligado a niños que había secuestrado a escribir cartas a sus madres y padres, informándoles de que se encontraban en buen estado y estaban bien cuidados. (También había persuadido a adultos para que redactaran cartas similares, pero sólo mediante la amenaza de hacerles daño físico.) Podía esperar años antes de mandar esas notas, dependiendo de la edad de la criatura y la reacción de los padres. Echaba las cartas en buzones lejos de su casa, a menudo cuando iba de vacaciones, y siempre tras asegurarse de que no había cámaras de vigilancia por la zona.

Internet le facilitó el seguimiento del estado de sus víctimas reales, pero Ormsby se cuidaba de no dejar ningún rastro electrónico. Ocultaba sus búsquedas entre visitas aleatorias a periódicos y revistas, a menudo en bibliotecas públicas o cibercafés de los que frecuentan los inmigrantes. No asistía a las reuniones

públicas por los desaparecidos ni a los servicios religiosos en las iglesias en los que la congregación rezaba por su regreso sanos y salvos, porque sabía que las autoridades vigilaban ese tipo de actos. Para Ormsby solía bastar con saber que el sufrimiento que había infligido continuaba sin mitigarse. Lo menos que podía decirse era que el Hombre Gris tenía una imaginación muy vívida. Así fue como Ormsby sobrevivió tanto tiempo sin matar: a medida que pasaban los años, también aumentaba su reserva de víctimas. Podía zambullirse o salirse a voluntad de las vidas destruidas. Era un vampiro emocional.

Ahora, mientras conducía a casa, pensaba que esa metáfora, dadas las circunstancias, tenía una oportuna precisión. Recordó una escena del *Drácula* de Bram Stoker en la que el conde regresa a su castillo y arroja un bebé que lleva en un saco a sus tres novias vampiras. En ese momento, en el maletero del coche de Ormsby también había una niña metida en un saco. Se llamaba Charlotte Littleton. Tenía nueve años y era uno de esos raros crímenes que cometía aprovechando la oportunidad: una niña que jugaba con una pelota mientras agonizaba el crepúsculo, una puerta abierta, la pelota que se desliza a una calle vacía en la que hay grandes casas apartadas de la carretera...

Un golpe de suerte: Dios —si existía— se había distraído. Y dentro, el Hombre Gris bailaba.

La mujer de Ormsby había muerto repentinamente a los cuarenta y pocos años, cuando su marido mediaba la treintena. Fue, en cierto sentido, una bendición. A esas alturas, Ormsby, el Hombre Gris, ya había empezado su largo juego, y le inquietaba que su esposa, que no era tonta, y en ocasiones era muy curiosa, pudiera mostrar cierto interés por sus actividades. A veces se preguntaba si, de no haberle fallado el corazón de forma inesperada mientras comprobaba la dureza de unos aguacates en un mercado callejero —un curioso detalle que le había llevado a no volver a probar los aguacates desde entonces—, se habría visto obligado a librarse de ella. Para empezar, ni siquiera sabía muy bien por qué se había casado con ella. Sospechaba que anhelaba cierto tipo de estabilidad, dados sus propios antecedentes familiares de divorcio y amargura, y una madre cuyos instintos maternales no iban más allá de asumir esporádicamente la tarea de calentar una hamburguesa con queso en lugar de delegarla en su único hijo. La relación de Ormsby con su difunta esposa había sido afectuosa, aunque carente casi por completo de pasión, una situación que no había molestado en exceso a ninguno de los dos cónyuges.

Pero también es posible que, incluso entonces, ya estuviera creando un marco para vivir en él, y una identidad para sí, que despertara las menores sospechas posibles: Roger Ormsby, feliz aunque ordinariamente casado, con un empleo como vendedor de material de pintura y decoración que le obligaba a pasar cierto tiempo viajando, alojándose en hoteles anodinos, a comer casi siempre solo, pero siempre observando, siempre escuchando.

Oyó unos golpes procedentes del maletero del coche y subió el volumen de la radio: un programa de noticias de la NPR, que era el tipo de programa que se esperaba que escuchara un hombre como Roger Ormsby. También había tenido la costumbre de fumar en pipa, exhalando el humo tranquilamente mientras conducía, pero se había enterado de que producía cáncer de garganta y de pulmón, y decidió que Roger Ormsby sería lo bastante sensato para prescindir de ese placer particular. Pero echaba de menos la pipa, pues habría tenido algo que hacer con las manos.

Tendría que matar a la niña sin demora, claro. Los crímenes no planeados siempre eran difíciles. No se la habría llevado si el invierno no hubiera empezado a hacerse notar, dándole una excusa para encender el horno en su casa grande y vieja. Se pasaría la noche interrogándola para averiguar cuanto pudiera de su familia, luego acabaría con ella: un único golpe en la cabeza, para dejarla sin sentido, y luego la estrangularía. No quería que sufriera.

Después de eso, podía empezar el juego.

Fantaseó con los meses y años venideros.

Y las sombras que lo seguían, el arco que trazaban a su alrededor los cazadores, pasaron completamente inadvertidas.

Curiosamente, para satisfacer sus apetitos personales, Ormsby se había inspirado en siniestros conflictos de tierras donde nunca había estado y cuya política o sociedad le interesaban muy poco. Había descubierto que le fascinaban las acciones de las dictaduras militares de Argentina y Chile, que de manera rutinaria «desaparecían» a aquellos con quienes mantenían diferencias, dejando que las familias lloraran por fantasmas, casi seguras de que sus seres queridos habían muerto, pero incapaces de asumirlo del todo hasta que pudieran identificar los restos y éstos reposaran en la tierra, aunque las posibilidades de que se diera el caso eran remotas dado que los métodos de eliminación preferidos por los militares incluían el arrojar los cuerpos atados de los cautivos vivos al mar desde un avión o, en el caso chileno, utilizando como lastre traviesas de ferrocarril para asegurarse de que los cadáveres no emergieran.

Y luego estaban los terroristas irlandeses que sacaban a madres viudas de sus casas y las torturaban en secreto antes de dispararles en la cabeza y enterrar sus cuerpos en algún trecho inhóspito de playa. Cuando acababan, regresaban con las conciencias limpias junto a sus propias familias y a sus comunidades, donde se cruzaban con los niños huérfanos y desolados por las calles, durante décadas, en una extraña danza de asesinos y víctimas, en la que cada parte conocía la identidad de la otra pero nunca afrontaba la verdad de lo que se había hecho, y así la danza proseguía. Ormsby, cuya depravación escapaba lo humanamente comprensible, pensaba que habría disfrutado luchando por la libertad si hubiera podido pasar parte de su tiempo de una forma tan agradable: el dolor de aquellos que quedaban vivos se debía a su no saber, a la incertidumbre. Era un sadismo refinado hasta su esencia más pura.

La casa de Ormsby apareció delante. Se metió por el camino de entrada y abrió la puerta del garaje. Éste estaba conectado directamente con la casa a través del cuarto de servicio, donde, a su vez, había otra puerta que daba al sótano. Eso le permitía mover a sus víctimas con facilidad y sin ser visto. Se detuvo dentro del garaje, apagó el motor y pulsó el botón del mando a distancia por segunda vez, con lo que la puerta empezó a bajar. Ya se había apeado del coche y se disponía a abrir el maletero cuando vio que la puerta del garaje se había parado.

Ormsby se la quedó mirando. Volvió a pulsar el botón. No pasó nada. La puerta ni siquiera se sacudió ligeramente, como cabría esperar si el mecanismo hubiera fallado por alguna razón. Sacó una linterna del estante y comprobó las partes de la puerta, pero no vio nada raro. La calle exterior parecía vacía, pero la puerta no había descendido ni siquiera una cuarta parte de lo que debería, y aunque la luz se iba atenuando, todavía no había oscurecido lo bastante para garantizar que no lo viera alguno de sus vecinos si intentaba mover a la niña.

Además, no podía dejar esa puerta abierta. El garaje estaba conectado a la alarma de la casa y el botón del mando la desactivaba de forma automática. En ese momento su casa era vulnerable, y no era cuestión de llamar a alguien para que le echara

un vistazo a la puerta, no con una niña atada dentro de un saco en el maletero del coche. La niña volvía a patear: él la oía y la cubierta del maletero temblaba con los impactos.

Pulsó de nuevo el botón y, milagrosamente, la puerta empezó a descender. Contuvo el aliento hasta que se detuvo a cuatro o cinco centímetros del suelo. No era perfecto, pero desde el exterior parecería cerrada. Ya se ocuparía de ella por la mañana, cuando la niña hubiera muerto.

Ormsby encendió la luz del garaje. Sólo entonces abrió el maletero. La niña se retorció en el saco y chillaba contra la tela. Él había podido atarle las manos con cables trabajando rápido, pero no las piernas, que seguían sueltas, y lo máximo que había podido hacer fue envolverle las espinillas con el cordón de cierre del saco y atarlo. Había tenido que golpearla para aturdira, pero no le había gustado, y no tenía ganas de repetirlo.

Ormsby habló.

—Como sigas haciendo ruido, me obligarás a pegarte —dijo—, y no quiero hacerte daño. Estate callada y escúchame.

La niña dejó de moverse. Él veía cómo el saco se hinchaba y deshinchaba donde estaba más cerca de la boca. La pequeña sollozaba.

—Voy a sacarte del coche. Si te resistes, puedes caerte, y el suelo aquí es muy duro. Si me atacas, tendré que pegarte, y no me gusta pegar a los niños. Asiente si has entendido.

Siguió una pausa y entonces Ormsby vio asentir a la niña.

—Bien. Ahora voy a sacarte del coche.

Se inclinó hacia el interior del maletero con cautela, todavía receloso de la pequeña, y con razón. En cuanto ella percibió que se le acercaba, lanzó las piernas contra él, con la esperanza de golpearle con las rodillas o los pies. Desde un punto de vista objetivo, tenía que admirar el ánimo de la niña, pero no podía correr el riesgo de que le rompiera la nariz o le magullara la cara. Cualquier herida sería más que suficiente para levantar sospechas, incluso de alguien como el inofensivo Roger Ormsby.

Dio un paso atrás.

—Te lo advertí —dijo—. Ahora me obligas a hacer algo que no quería.

La niña empezó a gemir y a retorcerse. Ormsby estaba echando la mano hacia atrás para asestarle un contundente golpe en la cabeza cuando llamaron al timbre.

Ormsby se quedó escuchando. No esperaba a nadie. Podía no hacer caso del timbre con la esperanza de que quienquiera que fuese se marchara. Pero, por otro lado, si alguno de sus vecinos le había visto entrar en el garaje, sabría que estaba en casa, y si no contestaba hasta podría preocuparse. Lo último que le apetecía era que a alguien le diera por llamar a la policía.

¿Y si era la policía? ¿Y si lo habían visto? La calle parecía vacía y sin vigilancia, pero uno nunca puede estar seguro...

El timbre sonó de nuevo. Ormsby golpeó una vez a la chica para doblegarla antes de volver a cerrar el maletero. Recorrió la casa y encendió una lámpara al entrar en el pasillo. Vio una figura a través del cristal esmerilado de la puerta: una figura alta.

Ormsby se detuvo cuando estaba a metro y medio de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, pero no le respondieron.

Ormsby movió los pies con gesto nervioso y probó de nuevo.

—¿Quién está ahí?, ¿qué quiere?

Por fin, la voz habló. A Ormsby le pareció que era de un negro.

—Un paquete para el señor Cole.

—Se ha equivocado de casa —dijo—. Cole vive en el mil cuatrocientos treinta y siete, enfrente. Éste es el mil cuatrocientos treinta y seis.

—¿Está seguro? En el papel pone mil cuatrocientos treinta y seis.

—Pues está equivocado.

—Mierda —dijo el hombre, y Ormsby vio que la figura se giraba para mirar por la calle—. No parece que allí haya nadie en casa. ¿Le importaría a usted recogerlo? Me ahorraría un viaje en balde.

Ormsby sintió un escalofrío de inquietud.

—No —dijo—, no abro la puerta a desconocidos después de anoecer.

—Todavía no es de noche.

—Tanto da.

—Mierda —dijo el hombre otra vez—. Vale, buenas noches.

Se fue. Sólo cuando Ormsby oyó sus pasos alejándose por el camino de entrada se deslizó al salón para comprobar que se marchaba. Llevaba chaqueta y no se parecía a ningún repartidor que Ormsby hubiera visto antes, pero cuando se detuvo en la acera, vio que llevaba una caja. El hombre giró a la derecha y desapareció por detrás del seto alto que marcaba el perímetro de la casa de Ormsby. Éste esperó, pero el otro no reapareció.

Ormsby volvió al garaje y abrió el maletero del coche.

El saco estaba flácido y liso, tirado sobre la esterilla de goma.

La niña no estaba.

Dejemos a Roger Ormsby por ahora, mirando fijamente el maletero vacío de su coche limpio y bien cuidado, en su casa grande y anónima, con sus muchas habitaciones sin usar, el edificio rodeado de un precioso jardín con parterres en los que hay flores durante todo el año, porque Ormsby se enorgullecía de sus plantas, y éstas florecían gracias a sus cuidados y atenciones y el añadido de abundantes posos de café...

Y de cenizas humanas.

Un mes antes, el pueblo de Rehoboth Beach, en Delaware, había presenciado el éxodo final de sus veraneantes. Las franquicias del paseo marítimo ya habían cerrado, junto con los bares, restaurantes y tiendas que tenían exclusivamente ingresos de temporada. Aquí y allá ondeaban todavía banderas arcoíris, porque Rehoboth era, para tratarse de un pueblo, *gay-friendly*, acogedor con la comunidad homosexual, y, en cualquier caso, el dólar rosa sólo era rosa mirado bajo cierta luz. En cuanto llegaba al banco era tan verde como cualquier otro.

En el cuarto de baño de una casa situada en las lindes del pueblo, el abogado Eldritch se estaba afeitando, atacando su rala barba con una vieja navaja. Era el único cuarto con espejo y éste ni siquiera era lo bastante grande para permitirle verse la cara entera. A continuación del baño estaba su dormitorio, y en la planta baja, el despacho que había montado en casa, donde proseguía la tarea de reunir los archivos que había perdido en el incendio causado por una explosión que destruyó su oficina ori-

ginal de Lynn, en Massachusetts, unos años atrás. Eldritch casi se había recuperado de las heridas físicas que sufrió en la explosión, pero su salud era más delicada que antes. La mano derecha le temblaba ligeramente mientras se abría camino entre la espuma de afeitar.

A su lado había una ventana que ofrecía una vista parcial del mar entre algunos árboles. Un hombre fumaba en el jardín, de espaldas a la casa. Era el hijo de Eldritch, aunque el viejo abogado hacía mucho que había asumido que sólo era hijo suyo nominalmente. En el momento de su nacimiento, algo había colonizado su ser: un espíritu errante, un ángel, un demonio. Llámese como se quiera, pero no era humano.

Los médicos se sorprendieron de que el niño sobreviviera: el cordón umbilical se había enredado alrededor de su cuello durante el parto, y lo había asfixiado. De hecho, el bebé había nacido muerto, y sólo la rápida reacción del personal médico lo había resucitado. Eldritch y su difunta esposa —que apenas vivió lo suficiente para ver los primeros pasos de su hijo— habían temido que sufriera daños cerebrales o alguna otra discapacidad, pero el niño parecía completamente sano, aunque era excepcionalmente callado. Eldritch sólo recordaba haberlo oído llorar, desgañitarse de hecho, un puñado de veces, y durante su más tierna infancia había dormido siete horas todas las noches. Otros padres, y también las madres, le decían que había tenido mucha suerte.

Pero en verdad no había tenido suerte, no había recibido ninguna bendición: su hijo *sí* había muerto, y en cuanto su alma dejó su cuerpo otra fuerza había ocupado su lugar, una fuerza que sólo se había revelado poco a poco ante Eldritch a medida que pasaban los años. Incluso ahora, tantas décadas después, seguía siendo enigmática para él. Según iba creciendo y madurando, también alteraba la naturaleza del propio Eldritch, de manera que quien había sido un abogado más, con la lista habitual de encargos civiles y penales menores, se convirtió en auditor de las conciencias de los hombres, recolector de pruebas de actos viles, y presentaba sus registros a ese ser, que decidía si debía tomarse alguna medida. El hombre que ahora fumaba en el jardín

era un instrumento de la justicia, aunque Eldritch no estaba muy seguro de la justicia de quién.

Eldritch había sido criado como luterano, pero su fe pasó rápidamente a un segundo plano y la observaba de tarde en tarde, con la misma frecuencia con la que se ponía el abrigo caro que sólo llevaba a la iglesia para sus visitas bianuales en Pascua y Navidad. Entonces, a medida que la criatura que se ocultaba bajo la apariencia de su hijo difunto se fue manifestando, la realidad de un mundo más allá de éste se materializó para Eldritch, pero no se trataba de un reino que guardara el menor parecido con el paraíso del que hablaban los predicadores. Por lo poco que Eldritch fue capaz de entender, el ser responsable de la creación del universo había permanecido en silencio durante milenios. Por lo que se sabía de Él, incluso podría haber muerto. (Tal vez, había insinuado el hijo de Eldritch, animado por un raro exceso con el alcohol a soltar una asombrosa blasfemia, Él se había suicidado, desesperado por lo que había creado.) Dios, por darle un nombre a la entidad, podría haber permanecido en silencio e invisible, pero había otras criaturas esperando, y escuchando, y lo mejor era no llamar su atención con una lengua demasiado suelta.

Kushiel: cuando Eldritch le había preguntado a su hijo cuál era su verdadero nombre, éste le dijo que era el que le habían puesto, pero lo dijo con una sonrisa retorcida, como si eso también formara parte de una gran broma cósmica que Eldritch no entendía.

Kushiel: el carcelero del Infierno.

Pero, para aquellos a quienes perseguía, era el Coleccionista.

Eldritch acabó de afeitarse y se quitó con agua los restos de espuma. Del mismo modo que su hijo hedía a la nicotina de los cigarrillos que le habían manchado los dedos de un ocre oscuro, Eldritch también podía oler su propia mortalidad. El olor de su cuerpo había cambiado, y no importaba lo impoluto que se mantuviera ni cuánta loción para después del afeitado de madera de cedro utilizara, lo detectaba igualmente. Era el hedor de su forma física en decadencia. Era la pestilencia del fango en el fondo del estanque de la existencia, y las moscas zumbaban a su alre-

dedor. Se preguntó cuánto tiempo le quedaba. No mucho. Lo sentía en los huesos.

Le dio la vuelta al espejo con cuidado, de manera que la superficie reflectante quedara cara a la pared. El Coleccionista —dejemos que Eldritch llame a su hijo como lo llamaban los demás— era estricto a ese respecto. Desconfiaba de los espejos. Una vez los había descrito como «ojos reflectantes». Eldritch había creído que se trataba de una superstición, hasta que ocurrió un incidente con un asesino de niños ya muerto llamado John Grady. El Coleccionista había recuperado un espejo de la antigua casa de Grady, y, antes de apartarlo de Eldritch, lo había vuelto hacia el abogado. Eldritch había vistos sus propios rasgos y, tras ellos, los de otra persona: el rostro aterrorizado de John Grady, quien, al morir, se había recluso de algún modo en una versión reflejada de su casa, y vagaba por ella con los fantasmas de los niños muertos, creyéndose a salvo de la justicia hasta que el Coleccionista le demostró que se equivocaba.

Pero Eldritch sabía que el Coleccionista había visto otras caras devolviéndole la mirada desde las superficies pulidas, y un rostro en concreto, porque detrás de la superficie de los espejos se movía el Dios Enterrado, el Dios de las Avispas, aquel a quien incluso el Coleccionista temía. Si Dios dormía, el Dios Enterrado no. El Dios Enterrado observaba y esperaba a que lo encontraran.

Eldritch entró en su dormitorio y se puso una camisa limpia. Iba al cine, y más tarde cenaría tranquilamente en uno de los locales que todavía seguían abiertos. Estaba releendo los *Ensayos* de Montaigne. En ellos encontraba algo parecido al consuelo.

Bajó y, desde la puerta trasera abierta, gritó que iba a salir. Como respuesta, recibió sólo un leve gesto con la mano, pero el Coleccionista no se dio la vuelta. Hace tan sólo seis meses a Eldritch le hubiera sido imposible salir de casa de ese modo porque el Coleccionista no lo habría permitido. Los perseguían un detective llamado Charlie Parker y los hombres que le acompañaban, todos buscando venganza por la muerte de uno de sus amigos a manos del Coleccionista. Pero se había declarado una especie de tregua, y ahora estaban más seguros, aunque Eldritch sabía que el Coleccionista seguía siendo muy cauteloso con Parker.

«A veces», pensó Eldritch, «creo que teme a Parker casi tanto como al Dios Enterrado.»

Eldritch subió al coche, se metió en la carretera y giró a la derecha, hacia Rehoboth. Ni siquiera sabía qué película iba a ver. Todas empezaban a la misma hora, más o menos. Y todas eran iguales, más o menos. Se conformaría con sentarse a oscuras y olvidar durante un rato.

El Coleccionista le dio otra calada a su cigarrillo y escuchó cómo se iba apagando el ruido del coche de su padre al alejarse. En el cielo había luna nueva. Siguió el movimiento de un insecto agonizante, de vuelo errático, hasta que finalmente cayó a los pies del hombre que le estaba apuntando con un arma.

—Sabía que vendría —dijo, mientras Charlie Parker emergía de las sombras.